

## CAPÍTULO NOVENO

**El absolutismo de los soberanos territoriales — La continua intrusión de Francia — Los planes de Luis XIV — El cercamiento de Alemania — La guerra contra Luis XIV — Estrasburgo y Hungría — Austria, gran potencia — La desunión permanente en el Reich — Rusia, gran potencia — El peligro del reparto de Alemania.**

La paz de Westfalia constituye una conclusión y, al mismo tiempo, un comienzo. Cierra la época de las luchas por la fe y la constitución del Reich. No será ya necesario hablar de ambas en el porvenir; ya nadie aspiró a la reconstrucción de la unidad confesional y de la monarquía imperial. Ambas pertenecen al pasado desde 1648. En lugar de la majestad imperial reinaba, una vez por todas, el soberano territorial.

Su Alteza Serenísima tiene infinitamente mucho que hacer, por cuanto se impone en primer lugar el reconstruir un país arruinado. Para ello cuenta con un poder mucho mayor que antes, porque sus antagonistas, los estados representativos o cortes, son débiles por razón de su empobrecimiento, mientras que el príncipe —en los territorios más extensos, de los que depende totalmente el destino de la nación— dispone, desde los tiempos de la guerra, de una fuerza armada y la conserva aun en tiempo de paz. El ejército permanente, el "*miles perpetuus*", hace su entrada en Alemania y, apoyado en él, el absolutismo de los príncipes. No es que las cortes hayan sido apartadas. Con-

sejos territoriales y juntas siguen subsistiendo, pero en la mayoría de los lugares sólo como un viejo edificio que se ha dejado sin demoler y que no se habita más: se convierten en ruinas, interesantes históricamente, dignas de admiración por su hermosura y austeridad, pero prácticamente sin valor, cuando no molestas.

Aun allí donde defienden sus "derechos y privilegios adquiridos" con luchas pertinaces, como en Hannover o en Württemberg, de poco o de nada sirven para la vida pública y al final deben inclinarse siempre ante la voluntad del príncipe, si no van en su auxilio potencias extranjeras. Teóricamente la soberanía del estado puede considerarse repartida entre príncipes y cortes (de la nobleza territorial), ahora como antes; pero en realidad, el príncipe es el dueño del estado y de sus fuerzas, hasta en las relaciones con el exterior, y está revestido a los ojos de sus súbditos de todas las insignias de un ser superior. El padre territorial se torna un dios en la tierra.

Apenas es posible estimar en más de lo que valen las consecuencias de esto. En cierto aspecto, y sobre todo en el primer momento, fueron en verdad favorables. Para la reconstrucción del país devastado, se necesita voluntad firme y unitaria, que pudiera mandar, y la mayoría de los príncipes alemanes prestaron grandes servicios a este respecto. Aún más tarde, cuando se había vencido lo peor, hubo no pocos gobernantes excelentes entre los muchos soberanos territoriales de Alemania, pequeños, medianos y grandes. Las excepciones, naturalmente, son más notadas que la regla, pero se cometería una injusticia juzgando por ellas la situación general.

Teniendo todo en cuenta, el absolutismo de los príncipes fué una ventaja para el país y en todos los aspectos fué mejor que un predominio de las cortes territoriales.

Hizo progresar y enalteció a Alemania, lo que, impotente y egoísta, la oposición de nobles, prelados y burgomaestres nunca hubiera podido hacer.

Sin embargo, no hay que perder de vista las funestas influencias de este nuevo tipo de soberano. El absolutismo rebaja a los hombres; es soportable sólo a la distancia; de cerca actúa en forma ridícula u horrorosa o en ambas a la vez. Nos reímos de la vana dignidad del príncipe Irineo de Sieghartsweiler en la obra "El gato Murr", de E. J. A. Hoffmann; nos reímos aún más de "Su Alteza Serenísimá", de Fritz Reuter, esta clásica caricatura de un tiranuelo, que en cada uno de sus paseos en coche debe prestar atención para no cruzar su frontera. Se nos aparece como un fantasma cómico. En la literatura el fantasma es inocuo, en la realidad podía dictar sentencias de muerte y hacerlas cumplir, y sus queridos súbditos temblaban ante la idea de que se esforzara demasiado en hacerlos felices. Federico Guillermo I de Prusia, que hacía apalear por las calles a la gente que excitaba su enojo, y que sólo con gran esfuerzo fué retenido para que no hiciera ejecutar a su propio hijo, aún contra una sentencia del tribunal, es una ilustración viviente de ello, y la de Carlos Eugenio de Württemberg no resulta mejor. La angustia ante el clementísimo soberano territorial, quedó grabada todavía por mucho tiempo en el alma del ciudadano alemán, aun cuando el peligro ya había desaparecido. De esta angustia hereditaria frente al gobierno, puede haber provenido en buena parte la falta de carácter para las cosas públicas, en la que el pueblo alemán supera a todos los demás pueblos, y, por contraste, el secreto rencor de la oposición, que en ningún otro país se halla tan desarrollado como entre nosotros. En este aspecto, las consecuencias de la situación

creada por la paz de Westfalia no fueron vencidas en mucho tiempo.

Si en eso, en realidad, se pueden ver solamente los efectos de comienzos muy anteriores, como los frutos en maduración de la antigua siembra hecha por el cantonalismo alemán, toma vida con el año 1648 otra cosa que directamente debe llamarse nueva. Ésta es el influjo constante de Francia sobre Alemania, su continua intromisión decisiva en los asuntos alemanes. Hasta entonces no se la había conocido. Ocasionalmente habían ocurrido, eso sí, entendimientos de príncipes alemanes con la Corona de Francia y, de cuando en cuando, habían tenido gran trascendencia, como por ejemplo el tratado de Chambord, en el año 1552. Pero no habían sido más que episodios, constelaciones transitorias. Desde 1648 la intervención gubernamental francesa en Alemania se convierte en situación permanente.

Los príncipes del Reich permanecen todavía, en los primeros tiempos después de la paz, bajo la impresión permanente del peligro experimentado. Siguen sintiéndose amenazados de continuo por el emperador y se estrechan alrededor del rey de Francia como en torno de su protector natural. Éste se convierte así en jefe de la oposición alemana contra el emperador. Cuando fué elegido el emperador Leopoldo I en el año 1658, la tan eficaz política francesa pudo oponerle de antemano un partido organizado. Buen número de príncipes alemanes, a cuya cabeza estaba el elector de Maguncia, formaron, juntamente con Francia, la coalición renana para la defensa de sus libertades contra eventuales ataques de parte del emperador. La coalición creció en los años que siguieron; otros príncipes, y hasta Brandeburgo, se le adhirieron. No realizó nada positivo; su significado residió en ser demostración de tal estado

de cosas. El emperador se halla continuamente en jaque, que le da Francia, utilizando como piezas a los príncipes del Reich.

Es, pues, bajo la protección francesa, después de 1648, como se consolidaron nuevamente también las condiciones internas de Alemania. El emperador se torna un símbolo, contra el cual se lucha. Como autoridad de gobierno se constituye la Dieta del Reich, que sesionará en forma permanente desde 1663 en Ratisbona; un ininterrumpido congreso de embajadores, que casi nunca formula una resolución y en el que lleva la voz cantante el representante de Francia.

Francia ganó la posibilidad formal de esta continua intromisión con la paz de Münster. En ella se reglamentaba la constitución del Reich, y se establecían los derechos de los estados representativos del Reich, por un tratado entre el emperador, el Reich y el rey de Francia. Éste se había convertido así en garante de la constitución del Reich, y de esa garantía de los privilegios de los estados territoriales había surgido automáticamente la vigilancia sobre los asuntos internos de Alemania. Francia obtuvo la posibilidad material de desempeñar este papel por el predominio que le dió la paz de Westfalia en toda Europa y, especialmente, sobre Alemania. Por lo que se refería a esta última, se fundaba en un hecho real: la adquisición de una posición en Alsacia. En principio ésta no era ni fuerte ni uniforme ni extensa —comprendía solamente los primitivos dominios de los Habsburgo—, una delgada cadena de puestos avanzados, pero bastaba para ejercer constante presión. Había solamente que completarla, ampliarla, robustecerla; entonces la presión podía convertirse en coerción dominadora.

A eso se dirigen en la etapa inmediata las intenciones

de la política francesa: ganar a toda Alsacia, posiblemente toda la orilla izquierda del Rin, o, por lo menos, el Palatinado de la izquierda del Rin, para tener sujeta desde allí, en cualquier momento, a la parte meridional de Alemania y aun a toda Alemania. En tal proyecto, para los franceses no se trata propiamente de Alemania misma. Este país empobrecido, a las puertas del hambre, tiene valor solamente como campo de enganche militar y para eso sirve en todo caso. En sí no era ni deseable ni peligroso. Se trata en realidad de la antigua oposición de Francia contra los Habsburgo y España.

Por la paz de Westfalia, el emperador se había visto obligado a dejar que en adelante España combatiera sola contra Francia, y once años más tarde ésta cosechó el precio de su victoria sobre aquélla, con la paz de los Pirineos (1659). En París se temía una nueva fusión de las dos ramas habsburguesas española y austríaca, ante la inminente extinción de la familia real hispana. Si llegaba este caso, el emperador Leopoldo heredaría toda la monarquía española, es decir, España, Nápoles, Milán, Bélgica y las posesiones ultramarinas. Y Francia no podía admitir que la monarquía mundial de Carlos V volviera a surgir de esta forma. En París a su vez, se alimentaba la esperanza de la herencia hispana, por cuanto Luis XIV era el esposo de una hija del rey de España. En la presumible reyerta por este problema, el poder arrastrar las fuerzas de Alemania contra el emperador, constituía un valor digno de tenerse en cuenta para la política francesa. Si se encontrara en situación de invadir a la Alemania meridional desde Alsacia y desde el Rin y marchar por Ingolstadt y Ratisbona sobre Viena, podía estar bien segura al respecto.

Detrás de esto había algo más todavía. Luis XIV estaba lleno de orgullo por su predominio europeo y también am-

bicionaba para él una viva expresión formal. Se sentía heredero legal de Carlomagno y consideraba realmente como de su pertenencia todo cuanto un día fué de aquél. Sobre todo, quería llegar a ser emperador, como reiteradamente lo habían deseado sus antecesores en los siglos XIII y XIV. Y aunque esta ambición personal podía postergarse, quedaba en pie la aspiración de arrancar a los Habsburgo la corona imperial. Para eso era necesario dominar a los electores, de los cuales nada menos que cuatro tenían su sede sobre el Rin y el quinto, Baviera, podía ser alcanzado desde el alto Rin. Dominar por completo este río constituye así la finalidad evidente de la política regia. Y la nación francesa entonces pensaba también como el rey. Se sentía sucesora y heredera legítima de los francos y exigía que el estado francés ganara las fronteras del antiguo imperio franco. El Reich alemán, según este concepto, pertenece por derecho a Francia o, por lo menos, el límite en el Rin constituye una exigencia imperativa. Ideas que ocasionalmente brillaron antes como relámpagos se afirman ahora y se tornan patrimonio común: la frontera natural de Francia está en el Rin.

Ésta es la situación política en que se encuentra Alemania desde el año 1648 frente a su más poderoso vecino. Se reveló bastante pronto por los acontecimientos, cuando Luis XIV comenzó a poner en ejecución sus planes. Lógicamente éstos debían haber obtenido buen éxito y lo hubieran logrado, si Luis hubiera sabido contenerse en sus deseos y hubiese dirigido su ataque, con las fuerzas concentradas, hacia una finalidad limitada. Si se hubiera conformado, ante todo, con eliminar de la dignidad imperial a la casa de los Habsburgo, con dominar indirectamente a Alemania, y someter a su dependencia, poco a poco, el territorio de la izquierda del Rin, es muy difícil ima-

ginar que no lo hubiera conseguido. Para este fin podía poner en campaña fuerzas propias superiores y disponer además de valiosos aliados. Más que dispuestos a estrecharse a su lado estaban los príncipes alemanes; su miedo a los Habsburgo y su indignancia, apareada con su vanidosa ambición de mantener su posición jerárquica, es decir, de jugar en pequeño a la gran potencia y remedar al rey de Francia manteniendo soldados, palacios y una corte, los echaba a porfía en brazos de los franceses. Con favores y subvenciones en dinero, se podía sacar mucho partido de ellos. En caso extremo, el miedo haría lo restante, cuando el cristianísimo rey empujara sus batallones hacia el Rin.

Francia contaba además con Suecia, que había conquistado su situación de gran potencia con la ayuda francesa y sólo por esa ayuda podía consolidarla, y que, por esta razón, estaba obligada de antemano a seguir cualquier indicación de París. Hasta Polonia era una fuerza favorable, con la que era posible contar, en general, contra el emperador. Así el Reich quedaba rodeado por Francia y sus alabarderos en el oeste, el norte y el este. Pero, para cerrar el círculo, el rey francés estaba en condiciones de hacer atacar al Reich alemán también desde el frente meridional, gracias a los turcos. Desde que Carlos V había renunciado a la mayor parte de Hungría para tener las manos libres contra los protestantes, aquéllos se hallaban en las orillas del Danubio y aun les pertenecía Buda, como cabeza de puente sobre la orilla derecha del río. El título de rey de Hungría, poseído por el emperador, era en el fondo pura teoría y por poco había de llamarse a Viena ciudad fronteriza. En ese entonces la potencia turca, a decir verdad, había declinado mucho, pero por sus masas podía tornarse todavía peligrosa, especialmente si al mismo tiempo los

franceses atacaban en el oeste. En una guerra semejante sobre dos frentes, difícilmente Alemania hubiera podido resistir.

Pero se suponía que Francia no tendría otros contrincantes y esto fué malogrado por Luis XIV. Pretendía éste no solamente a Alsacia, la frontera renana, y el dominio sobre Alemania; Bélgica e Italia le importaban mucho más, y deseaba convertir a su país en el primero del mundo por su industria, comercio, navegación y colonias. Con ello llamó a combatir en su contra a todas las potencias; España, los Países Bajos e Inglaterra. En esta lucha contra todo el mundo sucumbió; sólo frente a Alemania alcanzó su propósito, por lo menos en un cincuenta por ciento.

Su primer golpe, en 1667, fué dirigido contra los Países Bajos españoles, el segundo en 1672 contra Holanda. Solamente cuando ambas empresas fallaron en lo primordial, se volvió contra Alemania. Había habido ya un prelude: en 1670 había sido eliminado el duque de Lorena y su estado fué incorporado a Francia. Los años posteriores a la paz de Nimega (1679) fueron dedicados a la anexión de Alsacia. Ésta se realizó, como se sabe, por el camino de un proceso civil, cuando los tribunales especiales del estado francés (*Chambres de réunion*) demostraron que las partes aun libres de Alsacia, habían pertenecido en sus orígenes a las localidades que se habían vuelto francesas, y eso con todas las artes del sofisma, de la mentira y de la falsificación, en las que los franceses fueron maestros en todos los tiempos. Terminó con la ocupación de Estrasburgo, en octubre de 1681.

Contra este proceder se despertó la oposición en Alemania. Una gran mayoría de los príncipes —muchos de ellos habían sido perjudicados personalmente por las Cámaras de Reunión, en sus dominios alsacianos— acabó por